

*Vida cotidiana, resistencia y deseos de cambio:
San Fernando, 1850 - 1900.*

Juan Cáceres Muñoz()*

El estudio de la vida cotidiana en las sociedades tradicionales no puede soslayar de su análisis, aspectos fundamentales relativos a las actividades predominantes que ocuparon el quehacer del hombre en el pasado. Hasta la fecha, los escasos trabajos hechos por historiadores chilenos, muestran la vida cotidiana principalmente en relación con el examen de las fiestas (sobre todo las de carácter religioso) y su significado¹. Se les presenta como si ellas hubiesen sido la preocupación y actividad primordial de las personas, y se olvida que las distracciones imperantes constituyen sólo una parte de un todo mayor, es decir, uno de los tantos rasgos de las sociedades tradicionales y componente orgánico de la vida cotidiana del hombre que incluye aspectos de su actividad social sistematizada, la organización del trabajo, la forma que asume la vida privada como además su participación con todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas e ideologías.²

En este contexto, la observación de las actitudes en este tipo de sociedades ante fenómenos como, por ejemplo, el amor y el matrimonio y las ideas sobre la mujer y el honor, que conforman el mundo de las creencias y concepciones, permiten conocer, por una parte, aspectos y rasgos propios de la cotidianeidad «natural» del hombre y, por otro lado, las tensiones que dichas convicciones produce en el individuo y la colectividad en general, en un momento determinado, producto de la pugna entre quienes desean «modernizar» la sociedad y aquellos que persisten en mantener vigente viejos hábitos y costumbres, resistiéndose así, de modo inconsciente, al cambio. Este pareciera ser el caso de la localidad de San Fernando de Colchagua en momentos que ciudades grandes —Santiago, Concepción, La Serena— vivían profundas transformaciones urbanísticas, sociales y económicas, marcando el modelo a seguir para los otros sectores del país durante la segunda mitad del siglo XIX.

Ubicada en el llamado valle central de Chile, la localidad de San Fernando mostraba claramente dos formas físicas de asentamiento humano: el urbano y el rural. El primero de éstos correspondía al pequeño pueblo de San Fernando situado al centro de la provincia. En

(*)*Estudiante del Programa de
Doctorado del Colegio de México.*

1 Véase, por ejemplo, el interesante estudio de Isabel Cruz, *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1995.

2 Agnes Heller, *Historia y vida cotidiana*, Grijalbo, México, 1985, pág.40.

torno a él, la ruralidad -exteriorizada por los campos verdes y los cultivos, como también por la presencia de pueblitos y aldeas como, por ejemplo, Nancagua, Chimbarongo y Rosario- se erguía predominando por sobre el sitio urbano, el que también poseía los rasgos típicos del paisaje campestre; lo rural penetraba en los límites difusos de la misma ciudad y esta peculiaridad sería una constante en la zona hasta muy adentrado el siglo siguiente³. Este predominio del campo por sobre el incipiente espacio urbano tuvo, socialmente, una importante consecuencia en cuanto a la vigencia de los valores propios del mundo campesino y que le otorgaron a la localidad un marcado sello conservador en la forma de pensar y de actuar de sus habitantes en la vida cotidiana.

1. Vida cotidiana: hábitos y formas de pensar.

Aparte de las fiestas religiosas y civiles típicas, la vida cotidiana en San Fernando puede ser abordada a través del análisis de las formas de pensar de sus habitantes y que, en definitiva, conforman su visión de mundo; en otras palabras, el estudio de las concepciones relativas a la mujer, el amor y el honor, dan la pauta para comprender mayormente lo que pudo ser la cotidianidad mental de los sanfernandinos.

En este contexto, la vida en familia fue el rol que la sociedad asignó a la mujer de la época. Siguiendo las costumbres imperantes, su posición dentro de la familia aparecía relegada a un segundo plano frente al hombre, el cual -ya fuese padre y/o esposo- emergía como la autoridad máxima que velaba económica y moralmente por su integridad y armonía, ganándose con ello el respeto de los demás integrantes. Pero, esta rigidez en las relaciones familiares, que se daba también entre padres e hijos, podía verse con mayor nitidez en la forma y comportamiento que asumió la relación de pareja en el matrimonio, la cual tendió a caracterizarse por una sumisa jerarquización y una respetuosa distancia entre los cónyuges, sobre todo en la mujer.

El respeto era esencial para la buena marcha y armonía del matrimonio. La mujer debía «ayudar al hombre haciéndole agradable la vida embelleciendo con sus virtudes el hogar doméstico» como asimismo, dentro de sus obligaciones conyugales, ser obediente al esposo, puesto que, según una sanfernandina:

«obedecer es mucho mejor, más fácil y más dulce que mandar»⁴.

Efectivamente, en la vida cotidiana el matrimonio era la meta que la sociedad fijaba a la mujer; lo contrario, es decir, la soltería, se valoraba como una cualidad negativa que, muchas veces, se consideraba de manera despectiva. Socialmente, la que se quedaba para «vestir imágenes», sólo podía esperar la compasión de los demás porque:

«... la misión de cada mujer es casarse y no le reconozco otra. Una mujer que se quede soltera es lo mismo que esos árboles de los paseos que no dan flor ni fruto y que únicamente sirven de adorno»⁵.

Por otra parte, la soltería era vista como el resultado de la coquetería mal empleada por la mujer, situación que le valía recibir la burla social. En uno de los editoriales de la prensa local se escribía en tono irónico que la mujer coqueta, al vivir continuamente pre-

3 Véase en Juan Cáceres Muñoz: *La vida cotidiana en una localidad de Chile central: San Fernando, 1850-1890. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, 1987.*

4 *El Progreso*, n° 85, 1890.

5 *La Juventud*, n° 65, 1874.

ocupada por su belleza, se quedaba soltera porque le importaba más «el estrenar ricos trajes, lucir joyas y perlas» que querer a alguien, desembocando en un error imperdonable. En un poema a la coqueta, la psicología del sanfernandino quedaba de manifiesto:

La coqueta de 15 años,
le gustan de todos modos
cuando le echan galanteos
sean hermosos o feos
quisiera amarlos a todos.

A la coqueta de veinte años,
los alagas o los enojas
ya atenta, ya indiferente
se lleva continuamente
jugando al tira y afloja.

La coqueta de treinta años,
queriendo en perjuicio de unos
con todos apechugar,
ha venido a resultar
que se queda sin ninguno⁶.

Siendo el matrimonio lo ideal, el hombre debía buscar en la mujer ciertos atributos que garantizaran el futuro de la vida en pareja. Así, la candidata debía ser «modesta, enemiga de la ostentación y vanidad, tierna, afable y cariñosa con su marido»⁷, cualidades que harían del hogar un «centro de felicidad», puesto que el hogar y el matrimonio era:

«... un nombre bendecido que simboliza la única felicidad verdadera de que nos es dado gozar en este mundo de sufrimiento y desengaños»⁸.

La dedicación exclusiva al cuidado del hogar, de los hijos y del marido pasaba a formar parte del mundo social de la casada, porque, de lo contrario, como señalaba un sanfernandino:

«... de qué sirve una mujer si no tiene conocimientos y aptitudes para ser una buena hija, buena esposa y buena madre»⁹.

Esta visión conservadora del rol de la mujer en la sociedad y en el hogar, reducía sus posibilidades de desarrollo intelectual, cultural y social; limitación que era aceptada por las propias mujeres, algunas de ellas «intelectuales», que pensaban que la actitud de la mujer ante el hombre debía ser de debilidad, ingenuidad e ignorancia con el fin de conseguir la felicidad anhelada. En 1890, por ejemplo, en un artículo escrito por María del Pilar Siemés, en que recetaba cual debía ser el comportamiento a seguir por la mujer en la relación de pareja, se decía que:

"Yo no quiero parecerme en nada al sexo fuerte y prefiero escudarme en mi debilidad

6 *La Juventud*, n° 53, 1874.

7 *La Juventud*, n° 741, 1888.

8 *La Juventud*, n° 804, 1889.

9 *La Juventud*, n° 31, 1873.

a tener la responsabilidad de la fortaleza".

Luego, dando un conjunto de armas para conquistar al hombre, agregaba:

"la dulzura es el auxiliar más poderoso ... seamos pues dulces en todo, en el carácter, en la expresión del rostro, en las inflexiones de la voz, en la mirada, en la sonrisa ... La resignación es otra de las mejores armas y a la vez de las santas coqueterías de la mujer ... la resignación es una hija del cielo, tan hermosa, tan dulce, tan benéfica que en el alma de la criatura más feliz, más afligida ... no hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no alivie.

El llanto es otro de los poderosos auxiliares de la mujer. Así, todas estas formas sirven a la mujer para conquistar el bienestar en esta vida¹⁰.

Por otro lado, la armonía y el equilibrio familiar dependían, fundamentalmente, del amor que pudieran profesarse los cónyuges. El amor era uno de los requisitos importante en la relación de pareja y se le concebía como necesario para conseguir la felicidad en el matrimonio. Se decía que, sin este sentimiento, el hombre en general estaba perdido y vagaría sin esperanza y sin deseo de progresar, pues el amor era:

« el sentimiento más lisonjero y satisfactorio ... pues una persona que se cree querida está siempre llena de júbilo, su corazón sólo respira esperanza, todo su pensamiento está en sus ilusiones; no habla sino de amor»¹¹.

Sin embargo, contradictoriamente con esa idea general, el amor era un sentimiento reconocido más en las mujeres que en el hombre. En ellas se identificaba y no en el hombre, puesto que en él, el amor no era más que vanidad que encubría el deseo «sensual», «sueños de gloria» y «ambición». En la mujer, en cambio, el amor surgía como:

«un ave que canta en el corazón de las mujeres. El corazón de una mujer es como una lira: sólo confía sus acordes al que sabe tocarla con perfección»¹².

Así, se concluía que, cuando el amor reinaba en el matrimonio, el hogar era equilibrado y resultaba ser un «cielo de paz y ventura». Cuando ello no sucedía, «un infierno de sufrimientos».

Pero si se pensaba que el amor conyugal era la base del establecimiento de un hogar íntegro, el amor perfecto era aquel que expresaba la madre, la «buena madre». Ella era el modelo que toda mujer debía seguir e intentar, puesto que el amor que transmitía era verdaderamente desinteresado y no reconocía ni límites ni categorías, y siempre estaba dispuesta a luchar por la felicidad de sus hijos, cualesquiera fuesen sus «defectos y ofensas que le infiriesen». El falso amor, en cambio, procedía de la «mala madre», la cual fingiendo «bondad y virtud» aparecía en la sociedad como cumpliendo con sus deberes que «Dios le había encomendado»; a ellas:

«... el mundo las aplaude, las cita y las ensalza, [pero] a una pobre mujer esclavizada por sus deberes, encerrada en su hogar y viviendo sólo para sus hijos ... [es] ... la causa de que se mofen de ella y le digan tonta y necia ...»¹³.

Por otra parte, la fidelidad matrimonial era otro ingrediente esencial para un buen funcionamiento de la vida en pareja. Sin embargo, la sociedad le asignaba a la mujer la mayor responsabilidad de cuidar la armonía del hogar. La infidelidad femenina era imperdonable puesto que tal comportamiento afectaba la integridad de la familia. De este modo, la

10 *El Progreso*, n° 85, 1890.

11 *La Juventud*, n°198, 1877.

12 *La Juventud*, n° 29, 1873.

13 *El Progreso*, n°58, 1890.

«traición» sentimental se constituía en una característica negativa en la mujer, recibiendo el «desprecio» de los demás porque:

«por su depravación y perversidad priva al hombre de ser feliz en el tranquilo y deseado seno de la familia»¹⁴.

En otro orden de cosas, el honor fue otro componente importante en la mentalidad común y cotidiana del sanfernandino. Su análisis puede permitir una mejor comprensión de cómo pensaba y actuaba el individuo y la sociedad local.

El honor estaba fuertemente arraigado en las costumbres de toda la comunidad pero, fundamentalmente, por el tipo de fuentes revisadas -la prensa- se le ve más relacionado con los sectores sociales medios y altos, presentando una cierta connotación de prestigio y de estatus social. Si en la Colonia, las Siete Partidas definieron el honor como «loor, reverencia o consideración por parte de la sociedad al hombre que la ganaba por su virtud o buenos hechos»¹⁵, en esta segunda mitad del siglo XIX su significado no varió mucho, pero, quizás producto del romanticismo de la época, aparece frecuentemente mencionado en relación con la familia misma, el trabajo y la sociedad en general como, por ejemplo, cuando dos sanfernandinos se querellaron ante las autoridades judiciales locales contra un tercero por las «injurias hechas ... en su honor y de sus familias»¹⁶; o cuando falleció un vecino distinguido de la comunidad, al que se le señaló como una persona que siempre «... se hizo notar por su acrisolada honradez y distinguidas prendas personales [como también por ser]...excelente esposo y tierno padre, pues amaba con delirio a sus hijos»¹⁷, o, por último, cuando se reconocía en un hombre su honradez en su actividad laboral o funcionaria (si correspondía a una autoridad), lo que le valía ser sindicado como una gran persona porque «...supo mantenerse siempre en el camino de la honradez y laboriosidad que hacen de su memoria un timbre de honor para su desconocida familia»¹⁸.

Literalmente, existían múltiples sinónimos para referirse al hombre de honor: «decencia», «honradez», «laboriosidad», «probidad», etcétera. Quienes poseyeran algunas de estas menciones podían ya ser tildados de «honorables». Sin embargo, la mención de honorabilidad se alcanzaba cuando a la persona se le consideraba socialmente virtuosa. La virtud era la fuerza que impulsaba y motivaba a los hombres justos a la realización de buenas acciones que redundaban en beneficio de la sociedad. Algunos ejemplos pueden permitir entender mejor lo que señalamos. Al morir don Miguel Valenzuela, destacado hombre público de San Fernando que había ocupado durante varios períodos la alcaldía local el municipio, en reconocimiento a su labor, señalaba que por su carácter y virtud merecía ser recordado y «... hacer de su memoria un timbre de honor para su familia»¹⁹; en otra ocasión, también a raíz de la muerte de un prestigioso vecino, la prensa señaló que más que por su condición de antiguo vecino, la persona debía ser considerada y estimada:

«...por sus virtudes y generosa amistad, [ya que había] sabido imprimir en sus hijos sus bellas cualidades y su desinterés. El Sr. Rojas bajó a la tumba después de haber formado una digna familia y de haber legado a San Fernando el más hermoso modelo de una acrisolada virtud»²⁰.

14 *La Juventud*, n° 599, 1885.

15 *Marcelin Defourneaux: La vida cotidiana en España en el siglo de oro*. Hachette. B. Aires, 1994. pág. 37.

16 *Archivo Nacional, Fondo Notarios de Colchagua*, vol. 183, ff. 74 (1850).

17 *El Colchagua*, n°82, 1869.

18 *La Juventud*, n° 227, 1873.

19 *La Juventud*, n°752, 1888.

20 *La Juventud*, n°128, 1875.

Por otro lado, al honor lo afectaba la calumnia y la injuria, aspectos que siempre fueron rechazados por la comunidad. Consideradas contrarias a las buenas costumbres, la calumnia propiciaba el germen contrario al honor: el deshonor. Vista con temor por la comunidad, esta «laca social» como se le llamaba, afectaba más a la familia que al individuo «... por el desprestigio público y por las vejaciones, insultos y oprobios a que se vía sometida». Pero también impactaba a la sociedad cuando se injuriaba a una persona querida por todos; en esos momentos la sociedad misma asumía su defensa como cuando, por ejemplo, se insultó a la matrona del pueblo señalándosele como una mujer vieja para seguir ejerciendo su oficio; en ese caso

«... un eco de indignación se levantó en la sociedad sanfernandina cuando vio que se atropellaba sin miramiento todo lo que hay de más venerable y santo en el mundo: la ancianidad y la virtud. Se creyó que impunemente se iba a lanzar una mancha sobre la immaculada reputación de una señora a quien respeta y ama la sociedad entera ... la sanción social, que ya se deja sentir, pronto caerá con todo su irresistible peso sobre el victimario. Y no puede suceder de otra manera si se deja impune al delincuente, mañana la sociedad entera se verá envuelta en un enjambre de calumnias»²¹.

Si el honor de una persona podía ser defendido por la sociedad, ésta también podía quitarlo frente a situaciones o inclinaciones consideradas negativas como, por ejemplo, la afición a la bebida o el gusto por el juego, ya que quienes desembocaban en el vicio «pierden la honra víctimas de innobles pasiones», y pasaban a ser objeto de burla y del desprecio social, como queda de manifiesto en el siguiente poema:

Al que perdido el honor
jinebra o ron sólo exhala,
y de su vicio hace
ajeno a todo pudor,
puesto que en su afán se empeña
!leña!²².

Por último, la combinación entre honor y Fe católica determinaba otra forma de honor imperante en la sociedad: el honor de ser cristiano. Pero, en el buen cristiano la honra se ajustaba a los lineamientos y práctica de la moral cristiana, que imponía no sólo la mantención de una conducta social intachable sino también el cumplimiento y defensa de la fe. En 1889, por ejemplo, a raíz de la celebración del día de la Virgen de la Inmaculada Concepción, la sociedad se conmovió tras las declaraciones de una persona que señaló que Jesús no era más que «un bastardo», pues «el mártir del Gólgota no fue engendrado por San José; [sino que tuvo] otra procedencia, fue bastardo, más que bastardo fue adulterio ...»²³. Frente a ese tipo de comentario «blasfemo», la prensa católica, que traducía el pensamiento general de la sociedad, escribió:

«... Se ha insultado el honor de Dios y la pureza de la Inmaculada ... Pobre blasfemo que en su odio satánico ha llegado a tentar contra el honor de nuestro Señor Jesucristo y su purísima madre.

Por tanto, el honor, nuestra vida, Dios y sus altares nos llama a la pelea»²⁴.

21 *La Juventud*, n° 654, 1886.

22 *La Juventud*, n°628, 1886.

23 *El Progreso*, n° 47, 1890.

24 *El Progreso*, n° 47, 1890.

II. La lucha por el progreso social y material.

Esta forma de pensar conservadora fue continuamente criticada por un sector de la sociedad compuesto de intelectuales -escritores, profesores y periodistas- que observaban que el atraso general de San Fernando derivaba de la preferencia mental de sus habitantes por seguir «viviendo a la antigua [con sus] hábitos inveterados». Empapados en las ideas del liberalismo de la época, ellos postulaban que solamente el progreso permitía alcanzar la felicidad de los pueblos. De hecho, desde su punto de reunión, en el llamado Club del Progreso, frecuentemente llamaban a los jóvenes del lugar incitándolos a que tuvieran:

«... valor para no desmayar ante las resistencias y progreso para aspirar siempre más allá de esas resistencias ajenas del adelanto y del progreso mismo»²⁵.

Su ubicación social -entre la masa campesina y el sector pudiente- y la educación recibida en Santiago y en otras ciudades grandes, que les permitió comparar realidades, les dio una visión mucho más cabal para comprender los problemas que adolecía la sociedad local y del lento desarrollo material, social y cultural de la localidad. Les dolía que el pequeño pueblo de San Fernando, cabecera de la provincia, se mostrase «mediocre, solitario y de aspecto pobre», en definitiva, un lugar abandonado y monótono:

«... es cierto que las calles parecen potreros por su abundante pasto; que parecen islas de ríos por sus muchísimas piedras; que parecen depósitos de basuras por sus inmundicias, que parecen un cúmulo de pequeñas acequias de regadíos por las mil acequias, hoyos y pantanos que se ven por todas partes, que de día parecen las avenidas un tétrico cementerio por su silencio y soledad, de noche un caos y un profundo abismo por su densa obscuridad. que de día cualquier perro...muerde al transeúnte y de noche en cualquiera parte pueden asesinar a cualquier prójimo.»²⁶

Frente a tales dilemas los intelectuales de este Club, que también se hacían llamar los «Apóstoles de la moralidad» o bien los «Soldados del progreso», daban varias ideas para sacar a la localidad de su letargo así como también levantar a los grupos campesinos de su «postración material y moral». Estas ideas eran: educar, dignificar el trabajo y, por último, lograr el progreso material y moral. Ellos creían que, si se concretaban estas aspiraciones, se llegaría a un óptimo estado de bienestar y felicidad de sus habitantes.

En primer término, la educación debía jugar un importante papel en el combate de la ignorancia y la superstición con el fin de superar el atraso general; solamente a través de ella las sociedades «crecen, se desarrollan y dan preciosos frutos al hombre, la familia y la sociedad»²⁷.

De este modo, la escuela se encargaría de mostrarle al hombre lo bueno y lo malo, la mentira y la verdad, lo útil y lo inútil logrando con ello, en definitiva, el perfeccionamiento moral necesario para el acertado cumplimiento de los deberes que conduciría al bienestar del pueblo y restablecería a la vez su desequilibrio moral.

Por otra parte, ellos daban gran relevancia al trabajo. En su concepto, el progreso de la localidad dependía también del abandono de aquella vieja y despectiva idea sobre los oficios manuales y mecánicos argumentando que, a veces, «un labrador de pie era mucho

25 *La Juventud*, n° 45, 1874.

26 *La Juventud*, n° 795, 1889.

27 *La Juventud*, n° 117, 1875.

más grande que un gentilhomme de rodillas»²⁸. De hecho, cuando se dirigían preferentemente a la juventud, porque ellos serían los encargados de cambiar los viejos hábitos, hablaban convencidos que el «trabajo ennoblecía», «moralizaba», «abría al hombre horizontes de ventura y amor» y «era útil a la sociedad y la patria»; en otras palabras, se les decía:

«... Alejad de vuestros corazones esa injusta repugnancia, hija de añejas preocupaciones, que nos hace mirar con desprecio la profesión de las artes mecánicas, y con cierta indiferencia la de las nobles y bellas artes. No os desdeñéis jamás de ejercer un oficio cualquiera, la herrería, la carpintería, la platería, la pintura, la escultura, de cada uno de ellos podéis sacar grandes ventajas»²⁹.

Con todo, la educación y el trabajo debían ser siempre las ideas-fuerza que motivasen a los sanfernandinos a escapar de su actitud «mustia, silenciosa e indolente» y así lograr el anhelado progreso material y moral el cual, llegado el momento de éxito, se traduciría en mejoras materiales, sociales, económicas, culturales y morales de la población; pero, lo más significativo es que la localidad:

«sacudiría la inercia que lo domina y [pondría] en su lugar la actividad y el entusiasmo».³⁰

Sin embargo, la realidad social y laboral -más del 80% de la gente vivía en el campo dedicada a las faenas agrícolas en los fundos cercanos- fueron factores importantes que dificultaban la realización de esas ideas. En el caso de la educación, por ejemplo, la falta de infraestructura (escuelas, muebles y materiales) entrababa su desarrollo. Sólo 26 escuelas existían en la localidad³¹; 7 de ellas eran urbanas y 19 rurales para una población en edad escolar de aproximadamente el 40% de 70.000 habitantes³². Además, la inasistencia a las aulas contribuía también negativamente. En un informe de la autoridad de la época, por ejemplo, se señalaba que en la provincia solamente 2.398 alumnos se habían matriculado en un año determinado, pero que la asistencia real en promedio llegaba sólo a 65 alumnos³³.

Este desinterés de los padres por la educación de sus hijos respondía también a la organización y tipo de trabajo campesino que la gente realizaba en la localidad. Los tiempos de cosecha de los cereales y la recolección de la fruta obligaba la concurrencia de toda la parentela en dichas tareas y, entre ellos, los niños. Así, por los menos se decía en el siguiente comentario:

«el número de educandos es reducido y es que la generosidad de los padres de familia hacen retirar a sus hijos de la escuela en los meses de agosto y septiembre para ocuparlos en sus faenas agrícolas, haciéndoles carecer de instrucción; otro tanto sucede a principios del año escolar, que comprende los meses de marzo y abril»³⁴.

Pero también, ya a niveles de la mentalidad, los propios padres de familia buscaban muchas veces el pretexto para no enviar a los muchachos a estudiar, aduciendo, por ejemplo, el calor reinante en los meses de verano (diciembre) que los dejaba sin dar exámenes; o a raíz del implacable uso por parte de los profesores del llamado castigo del Guante que, a

28 *El Colchagua*, n° 76, 1869.

29 *La Juventud*, n° 117, 1875.

30 *La Juventud*, n° 679, 1887.

31 *La Juventud*, n° 462, 1887.

32 *Al respecto véase en los Censos Generales de la República de Chile correspondientes a los años 1865, 1875, 1885 y 1895; también la parte relativa al crecimiento de la población y pirámides de edades en Juan Cáceres Muñoz, op. cit. pp. 30- 39.*

33 *La Juventud*, n° 462, 1883.

34 *La Juventud*, n° 462, 1883.

decir de algunos, hacía «...perder al niño la vergüenza y odiar el estudio»³⁵.

Estas formas de resistencia individual y colectiva en San Fernando aparecían ante los ojos de los intelectuales como anacrónicas. El mundo, según ellos, seguía su marcha tras los impulsos de la corriente civilizadora. Cómo era posible entonces que, si en ciudades cercanas como Santiago se observaban ya cambios, no sólo en el aspecto material sino también a nivel de las actitudes, San Fernando mantuviese su inercia y rechazo a toda modificación de sus costumbres y miedos. De hecho, cuando cundió la alarma por la aparición del brote del Cólera Morbus en 1887, la mayoría de la población enferma rechazó la vacuna y los remedios a causa del influjo de quienes ejercían «ilícitamente» la medicina en el pueblo. Ante esto, la autoridad local debió

«hacerlos beber por la fuerza los remedios debido a la influencia que entre la gente del pueblo, de suyo ignorante, ejercen las médicas, que explotan esa ignorancia en perjuicio de los dolientes y del público en general»³⁶.

Pero, el miedo a lo desconocido los llevaba también a rechazar la vacuna como método eficaz de control de la enfermedad, fundándose la gente en la creencia que la inoculación era el origen de la enfermedad. Incluso algunas autoridades locales, que debían ser el ejemplo para el resto de la comunidad, se resistían a la aplicación del antiviral como, por ejemplo, aconteció con el Alcaide de la cárcel que prefería los remedios caseros:

«es uno de los que creen que sus remedios caseros son mejores que los de los médicos; y si éstas doctrinas las sostienen con porfía en la calle es muy de temer que las sostenga de la misma manera entre los presos»³⁷. En definitiva, resistencia y deseos de cambios siguieron conviviendo juntos durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Evidentemente que las mentalidades de los individuos y de la colectividad, en general, son las más que demoran en cambiar. Sin embargo, en el caso de San Fernando, la existencia de un grupo que llamaba a transformar la sociedad abandonando viejas prácticas y costumbres de vida, permite concluir que la transición a un mundo mucho más «moderno» estaba ya en proceso. De hecho, no tanto desde el punto de vista material de la transformación urbana de la ciudad de San Fernando, sino más bien desde la perspectiva de las mentalidades comenzaba a notarse, en este período, signos evidentes de cambios. Por una parte, la sociedad, sobre todo en las mujeres, comenzó a preocuparse de las modas y vestidos imperantes que llegaban no sólo de Santiago sino también de Europa. A tal grado llegaba la inquietud que la prensa debió escribir que:

«celebraríamos en imitar un poco menos servilmente a París, cuyas mujeres raquílicas y defectuosas ocurren a una multitud de Expedientes para encubrir deformidades de las que las nuestras no adolecen»³⁸. Otra señal fue la apertura del comercio el día Domingo. Siendo eminentemente católica, la localidad se sacudió ante tal «desprecio» por el día consagrado al descanso y adoración al Creador y, pese a los argumentos de los comerciantes -que la gente del campo y los trabajadores en general no disponían de otro tiempo para comprar sus vestidos y comida más que el día Domingo- la nueva costumbre fue combatida y finalmente prohibida.

Por último, otro indicador que mostraba que la sociedad estaba cambiando se observó al interior de las iglesias. Un hecho inédito surgió hacia fines de siglo. Las mujeres, que

35 *El Deber*, n° 165, 1887.

36 *El Deber*, n° 157, 1887

37 *La Juventud*, n° 671, 1887

38 *El Calchagua*, n° 51, 1869.

siempre se sentaban sobre «chales» dejando a los hombres el uso de «sofaes», comenzaron a preferir este tipo de mueble postergando, de esta manera, a los varones que reclamaron airados:»Se nos ha ocurrido a muchísimos de los que asistimos al mes de María al ver los sofaes completamente cubiertos de faldas, figurándonos que éstas se sonríen irónicamente al ver los pantalones muy plantados aquí, allá y acullá. Así, sería muy conveniente se estableciera definitivamente quienes son los que deben ocupar los sofaes para que en caso de que no fuera sexo barbudo nos hiciéramos de alfombras y entonces nos sentáramos en el suelo a pierna cruzada, aunque pareciéramos maricas»³⁹.

39 *La Juventud*, n° 709, 1887.